

precipitarse, formando magníficas cascadas vegetales de diversos colores, una multitud de tallos sarmentosos cargados de flores, con tal profusión que parecían otros tantos ramilletes colosales. El seto que rodeaba los grupos de árboles, se componía de brezo del Cabo, de tulipanes de Thol, de narcisos de Constantinopla y de jacintos de Persia, que formaban una especie de alfombra natural en la cual se confundían de modo espléndido todos los matices y colores, todas las galas de la naturaleza.

Una multitud de faroles chinoscos de seda transparente, de variados colores y medio escondidos entre el follaje, alumbraban el jardín. Sería imposible describir la luz misteriosa y suave que resultaba de esta feliz combinación; luz fantástica, pura y azulada como la de una hermosa noche de estío levemente coloreada por los suaves reflejos de una aurora boreal, espléndida y hermosa.

Al inmenso invernáculo conducía una larga galería cubierta de adornos dorados, de espejos, de cristales y de luces. Á lo último de este claustro luminoso se distinguían vagamente los grandes árboles exóticos entre dos pabellones de terciopelo carmesi, que bajaban en semicírculo por la puerta exterior.

Hubiérase dicho que esta puerta abría paso á los magníficos campos del Asia en una noche misteriosa y serena.

La galería, vista desde las glorietas del jardín formadas de ramas y flores, presentaba un contraste inverso con la dudosa obscuridad del invernáculo: parecía una especie de neblina luminosa y dorada, en medio de la cual brillaban en deliciosa confusión, los colores resplandecientes y variados del vestido de las damas, y el centelleo continuo de los diamantes.

Los sonidos de la orquesta, debilitados por la distancia y por el sordo rumor de la galería, expiraban melodiosamente entre las ramas inmóviles de los árboles. Un sentimiento involuntario impedía levantar la voz en este jardín, porque el aire templado, sutil y embalsamado por el suave olor de mil plantas aromáticas, adormecía los sentidos sumiéndolos en una blanda y deliciosa quietud. Sería difícil que dos amantes sentados en uno de los rincones sombríos de este paraíso, pudieran imaginar un cuadro más delicioso para colocar su felicidad.

Al llegar Rodolfo á este encantado Edén, no pudo contener una exclamación de sorpresa, y dijo:

— Á la verdad, señora, no hubiera creído posible tal maravilla; esto más que lujo y elegancia es la poesía en acción: en vez de escribir como un poeta y de pintar como un gran pintor, habéis puesto por obra lo que ellos no serían capaces de imaginar con todo su genio.

— V. A. R. es muy indulgente.

— Confesad, condesa, que el que fuese capaz de copiar fielmente este cuadro

con la misma variedad de colores, con el tumulto deslumbrador de esa galería y este retiro tranquilo y silencioso, haría una obra admirable.

— Son tanto más peligrosas las alabanzas de V. A. R., porque, como toda producción del talento, se deja una seducir por ellas á pesar suyo. ¡Pero mirad, monseñor qué hermosa joven! Preciso es confesar que el mérito de la marquesa de Harville no puede menos de brillar en todas partes. ¿Imagináis, monseñor una gracia más seductora que la suya? ¿Y no resalta aún más su hermosura al lado de la severa belleza que la acompaña?

El elogio que hizo la embajadora de la marquesa de Harville no era exagerado: no podríamos dar una idea perfecta de su rostro encantador, en el cual brillaban la hermosura y la gracia juveniles, hermosura tanto más singular y peregrina porque consistía más bien que en la regularidad de sus facciones, en la dulzura inexplicable de una fisonomía que indicaba la bondad de un alma angelical.

La condesa Sara Mac Gregor y la marquesa de Harville bajaban en aquel momento los escalones que separaban la galería del hermoso jardín de invierno.

## XV

## LA CITA

Era particularmente notable la tierna expresión de bondad que tanto más agradaba, cuanto por lo común no suele predominar en la fisonomía de una joven de veinte años, hermosa, despejada, solicitada y adulada siempre como lo era la marquesa. Así es que aun olvidando las ventajas del nacimiento, del nombre y de la fortuna, no había quien no se interesara por ella al ver su inefable dulzura en medio de los triunfos que alcanzaba. Daremos otro giro á nuestra explicación. Mad. de Harville, que tenía sobrada dignidad y muy eminentes dotes para ir en busca de obsequios y homenajes, se mostraba sin embargo tan agradecida á los que se le ofrecían, como si realmente no los mereciera: gustábanle sin enorgullecerla, y á fuer de indiferente á las alabanzas y de muy sensible á la benevolencia, distinguía con exactitud la adulación de la simpatía. Su talento exquisito y algunas veces maligno sin caer en la ruindad, dirigía chanzas ingeniosas é inofensivas á las gentes satisfechas de sí mismas, ocupadas siempre en llamar la atención. Gentes, decía con gracia la marquesa, que siempre parece que bailan un *solo* delante de un espejo invisible al cual dirigen placenteras sonrisas. Así como la marquesa hacia burla de tales gentes se interesaba de veras por un carácter tímido cuya extremada reserva degenerara acaso en orgullo.

La tez purísima de aquella joven parecía teñida con el color de las rosas: sus largos rizos de cabello castaño claro caían graciosamente sobre sus espaldas redondas y lustrosas como si estuvieran moduladas con hermoso mármol; sus grandes ojos pardos guarnecidos de cejas negras, tenían una belleza angelical. Su estrecha boca encarnada en que se advertía una dulzura indecible, era á sus ojos embelesadores lo que sus palabras afables y gratas á sus suaves y melancólicas miradas; su talle era graciosísimo, y en toda su persona había una distinción encantadora. Llevaba un vestido de crespón blanco guarnecido de camelias naturales y de hojas del mismo arbusto, entre las cuales brillaban como gotas de rocío riquísimos diamantes y su blanca frente estaba ceñida por una preciosa guirnalda.

El distinto género de hermosura de Sara Mac-Gregor hacía brillar más la de la otra. Aunque la escocesa tuviese ya treinta y cinco años, representaba apenas treinta, cosa que no debe admirarse porque el frío egoísmo conserva la lozanía por mucho tiempo. Las almas ásperas, duras, insensibles á los afectos que gastan el corazón y dejan huellas en el rostro, nunca sienten más que los abatimientos del orgullo y los errores de la propia ambición. Estos pesares producen escaso efecto sobre la materia. Lo bien que Sara se conservaba prueba la exactitud de nuestro aserto. Salvo un poco de gordura que daba una gracia voluptuosa á su talle más grueso y menos esbelto que el de la marquesa, mantenía Sara todo el brillo de la juventud y era difícil soportar el engañoso fuego de sus negros ojos: sus labios húmedos y encarnados, daban claro indicio de su carácter resuelto y de su sensualidad; y al través de la láctea blancura de su cutis transparente y fino, se entreveían las azuladas venas de sus sienes y de su cuello. Llevaba un vestido de seda pajizo claro y una túnica de crespón del mismo color; una sencilla corona de rosas naturales ceñía su cabeza y se armonizaba muy bien con las trenzas de sus cabellos negríssimos y partidos sobre su frente recta y despejada. Este severo peinado daba un carácter de antigüedad á su rostro.

Muchas personas engañadas por su cara creen ver en ella una vocación irresistible. Hay quien encuentra su apostura muy guerrera y se hace militar, el otro se cree poeta y rima, éste conspirador y conspira, esotro político y polítiquea, quien predicador y predica. Sara no sin razón creía tener un aspecto regio, y por lo mismo oyó con gusto los vaticinios de su nodriza, é insistió en la creencia de que estaba destinada á ser soberana.

La marquesa y Sara habían visto á Rodolfo en el jardín de invierno en el momento en que bajaban, más el príncipe hizo como si no reparara en ellas y tomó el ángulo de uno de los caminos.

— El príncipe está tan ocupado con la esposa del embajador, dijo la marquesa de Harville á Sara, que ni siquiera nos ha visto.

— No lo creáis, mi querida Clemencia, respondió la condesa que estaba en todos los secretos de Mad. de Harville, el príncipe nos ha visto perfectamente, pero yo le doy miedo, y su aversión es siempre la misma.

— No comprendo la tenacidad con que huye de vos; muchas veces le he vituperado esa conducta. « La condesa Sara y yo somos enemigos mortales, me contestó chaceándose, he hecho voto de no hablarle nunca, y es fuerza que esté muy empeñado en cumplirlo para que me prive de la conversación de señora tan amable. » Así es, mi querida Sara, que si bien esa respuesta me pareció singular, hube de contentarme con ella.

Es indispensable advertir que como el amor de Rodolfo y Sara y las consecuencias que de él surgieron eran cosa de diez y siete ó diez y ocho años atrás, lo ignoraba todo el mundo, tanto más, cuanto que Sara y Rodolfo tenían interés en ocultarlo.

— Os aseguro, prosiguió diciendo la condesa, que esa enemistad mortal medio de broma, medio de veras, procede de causas muy inocentes, y si en ella no estuviese interesada una tercera persona, tiempo hace que os hubiera confiado este secreto. Pero ¿ qué tenéis, hija mía? me parece que estáis pálida.

— No es nada, era tanto el calor de esa galería que he sentido una especie de mareo. Sentémonos un momento y se desvanecerá.

— Decís bien; he aquí un rincón muy obscuro en donde estaréis al abrigo de las pesquisas de aquellos á quienes vuestra falta va á desesperar. Las dos señoras se sentaron en un diván.

— He dicho, mi querida Clemencia, de aquellos á quienes vuestra falta va á desesperar, y parece que vos no agradecéis mi discreción. Al oír esto la marquesa ruborizóse un poco, bajó la cabeza y no dijo una palabra.

— Sois poco razonable, insistió Sara en tono amistoso, no tenéis confianza en mí, hija mía, que tal puedo llamaros atendida la diferencia de nuestras edades.

— ¡ Qué no tengo confianza en vos! dijo la marquesa á Sara con acento triste. ¿ Pues no os he confiado lo que quisiera tener reservado á mí misma?

— Pues bien, hablemos de él. ¿ Habéis resuelto dejarle morir desesperado?

— ¡ Ah! exclamó la marquesa estremecida, ¿ qué es lo que decís?

— No le conocéis bien. ¡ Desgraciado joven! es un hombre de grande energía para quien la vida es poquísima cosa; ¡ ha sido siempre desgraciado! y no parece sino que vos gozáis atormentándole! — ¿ Y lo creéis vos?

— Quizás vuestra voluntad no lo quiere, pero el resultado es el mismo. ¡ Ah! si supierais hasta qué punto es exquisita la sensibilidad de los que han sido desventurados! ¿ Lo creeréis? Hace un momento que he visto saltar de sus ojos dos lágrimas.

— ¿ Será posible?

— Sin duda : y esto en medio de un baile y con riesgo de ser objeto de burlas y sarcasmos. Es preciso amar mucho para sufrir de esta manera, y más todavía para no ocuparse de ocultar á los demás lo que se sufre.

— Por piedad no me habléis de eso, dijo madama de Harville con voz alterada ; Ah ! demasiado conozco ese sufrimiento, á la vez tan dulce y tan resignado. ; Ay de mí ! la compasión que me inspiraba me ha perdido, exclamó involuntariamente la marquesa.

Sara fingiendo que no había comprendido toda la significación de esta última frase, dijo : ¡ Qué exageración ! ¿ perdida llamáis á mirar con benevolencia y á dirigir alguna palabra afectuosa á un hombre cuya discreción y reserva llegan hasta el punto de no hacerse presentar en vuestra casa por temor de comprometeros ? ¿ Mr. Robert no es hombre excesivamente pundonoroso y delicado ? Si lo defiende con tanto calor, es porque le conocisteis en mi casa, y porque os profesa tanto respeto como amor.

— No he puesto yo en duda las bellas cualidades del hombre á quien elogiáis tanto ; pero no ignoráis que sus desgracias son las que principalmente le han hecho interesante á mis ojos.

— Confesad que merece y justifica ese interés. Además su hermoso rostro es la imagen de su alma. Su aspecto y su alta estatura me recuerdan á los valientes de los tiempos caballerescos. Le vi una vez de uniforme y os aseguro que no puede darse una apostura más gallarda. Si la nobleza debiera medirse por el mérito y por la figura, en vez de ser Mr. Carlos Robert, sería duque y par. ¿ No le sentaría perfectamente uno de los más ilustres apellidos de Francia ?

— No ignoráis, dijo sonriéndose Clemencia, que la nobleza heredada me interesa poco, puesto que me tacháis de algo republicana. — He pensado lo mismo que vos, que Mr. Robert no necesita títulos para ser amado : y qué ¿ no valen algo su talento y su voz encantadora ? Bien os acordáis cuán útil nos ha sido en nuestros reservados conciertos matinales. Si hubierais visto como yo la expresión y el fuego con que ejecutó su parte en el primer dúo que cantasteis juntos...

— Por Dios, dijo la marquesa, os fuego que mudemos de conversación.

— ¿ Por qué ? — Porque ésta me entristece muchísimo ; lo que me habéis dicho acerca de su desesperación...

— Os aseguro que un carácter como el suyo, puede en el exceso de la pasión buscar en la muerte un término...

— ¡ Ah ! callad por Dios, callad, interrumpió la marquesa ; más de una vez me ha ocurrido esa idea. De nuevo os suplico que mudemos de conversación ; ocupémonos un poco de vuestro enemigo mortal, prosiguió con afectada alegría, hablemos del príncipe á quien no había visto hace mucho tiempo ? ¿ No es ver-

dad que siempre está arrogante mozo sin embargo de ser casi rey ? Á pesar de mi republicanismo hallo pocos hombres tan agradables como él. Sara echó á hurtadillas una mirada investigadora y cavilosa á la marquesa, y respondió en tono de buen humor : Confesad, mi querida Clemencia, que sois muy caprichosa, pues he visto en vos muchas alternativas de admiración y de odio hacia el príncipe. Cuando llegó aquí hace algunos meses, estabais tan entusiasmada por él, que hablando en confianza hubo momentos en que temí por el reposo de vuestro corazón.

— Gracias á vos, dijo la marquesa sonriéndose, mi admiración duró poco, pues desempeñasteis tan bien el papel de enemiga mortal, y me hicisteis tales confianzas con respecto al príncipe, que la indiferencia cuando menos, reemplazó bien pronto ese entusiasmo. Es verdad que el príncipe no procuraba turbar el reposo de mi corazón, puesto que antes de vuestras confianzas dejó de visitarme, sin embargo de que continuaba en amistad íntima con mi marido.

— Á propósito ; ¿ no está aquí vuestro marido ?

— No ha tenido gana de salir, contestó la marquesa, un poco contrariada.

— Me parece que cada día se deja ver menos en el gran mundo.

— Sí, muchas veces prefiere estarse en casa. La marquesa estaba visiblemente aturdida, y Sara que lo conocía prosiguió : La última vez que le vi le encontré más pálido que de costumbre.

— Sí, no estaba entonces muy bien de salud.

— Decid, mi querida Clemencia, ¿ queréis que os hable con franqueza ?

— ¿ Y por qué no ?

— Cuando se trata de vuestro marido casi siempre os ponéis acongojada.

— ¡ Yo ! ¡ qué aprensión !

— Algunas veces al ocuparnos de él vuestra fisonomía expresa á pesar vuestro... de veras que no sé de qué modo decirlo, pero advierto una especie de repugnancia, de temor acaso.

Las serenas facciones de la marquesa desafiaron de pronto las investigadoras miradas de Sara. Sin embargo, no se le pudo escapar á ésta un cierto temblor nervioso y casi imperceptible que agitó por un instante el labio inferior de la joven. No queriendo llevar más adelante sus investigaciones y menos todavía despertar la desconfianza de su amiga, procuró enmendar lo dicho, de este modo.

— Si, repugnancia temerosa como la que generalmente inspira un celoso ridículo. Con estas palabras tranquilizóse la marquesa, como si se hubiera quitado de encima un peso enorme.

— Sin embargo, dijo al momento, el marqués no es ni celoso ni ridículo ; y buscando entonces un pretexto para terminar una conversación que la molestaba exclamó de repente : ¡ ay, Dios, mío ! ahí está ese insoportable duque de Lucenay que es uno de los amigos de mi esposo ; si nos ve estamos perdidas ; y